



Atardecer Encantado

Es tan grande y tan lindo el Sol! pero no se deja mirar por mí. El paisaje se empieza a oscurecer porque el sol esconde su hermosura detrás de las casas en el horizonte.



En la lejanía parece que arden hermosas las cosas, el cielo es rojo, lleno de pasión y colorido; apenas veo a los niños entrando sudorosos del juego a sus casas, y a las mamás golpeándolos suavemente en la espalda.

Ya el sol se escondió y el día sigue claro, la luna, que siempre lo sigue, esta vez no salió, será tal vez porque se lo prohibió el cielo, o porque no tuvo ganas. Las que si se asomaron, tímidas, fueron las estrellas, las chiquitas, porque las grandes, las que nos muestran la profundidad de nuestro universo no han salido.

La noche llega y las farolas se encienden como una pulsera de perlas puesta debajo de una lámpara reflejando luces con diamantes. El cielo es hermoso, te transporta a los azules más bellos, en cambio todo lo que está debajo de la noche es negro, como las sombras de los bosques más fríos y tenebrosos.

No sabía, pero sentada, observando la noche, una se da cuenta de su belleza; empieza a sonar suavemente la música de los ruidos de la ciudad solitaria. Suena como una banda tocando flautas y violines entre el pasto y los árboles a mi alrededor; la música hace que se mueva suavemente el paisaje, como bailando a su ritmo.

Mis ojos se empiezan a cerrar, ya no se aguantan, están pesados y como dormidos, confunden unas cosas con otras; las hojas son ratones, el cielo es el mar, las casas son cajas, y las luces son libélulas posadas en un vidrio. Pero cada vez que se cierra un ojo se abre el otro, porque los cinco sentidos no están dormidos, debido a los mosquitos, que empiezan a comer, y al frío, que busca cuerpos calientes donde reposar.